

RECUERDO FINAL A *Sol de España 29/6/68* JUAN BREVA

Juan Breva tenía
cuerpo de gigante
y voz de niña.
Nada como su trino.
Era la misma
pena cantando
detrás de una sonrisa.
Evoca los limonares
de Málaga la dormida,
y hay en su llanto dejes
de sal marina.
Como Homero cantó
ciego. Su voz tenía,
algo de mar sin luz
y naranja exprimida.

(F. GARCIA LORCA)

que lo popularizó de nuevo, a tal punto que la gente le llamaba «cante de Juan Breva». En realidad lo que hizo el joven cantaor, partiendo de los fandangos verdial y bandolá, fue crear su malagueña, «un cante puro y original, recio y vibrante, sentimental y apasionado...»

No tardó Juan Breva en irse a Málaga en busca de más amplios horizontes. Debutó seguramente en el café del «Sevillano», y alcanzó ya una cierta notoriedad entre sus paisanos actuando en el «Café de Chinitas», en el del «Turco», en el de «España». Faltaba la consagración definitiva, que la daba Madrid. Breva aprovechó un concurso de cantos regionales que allí se celebraba y lo ganó con la malagueña.

Su triunfo fue resonante, y en el Madrid finisecular se hace familiar su figura grande envuelta en la capa, con la guitarra en la mano —es uno de los pocos cantaos que, a veces, se acompañaba él mismo—, su buen terno que no bastaba a disimular el aire innato de hombre campesino. Los cafés de cante de la capital de España se lo disputan, durante algunos años es el rey indiscutible del flamenco. La noche no tenía horas suficientes para su arte. Fernando el de Triana nos cuenta cómo en el año 84 Juan Breva actuaba simultáneamente en tres espectáculos madrileños: en el teatro «Príncipe Alfonso», en el café del «Barquillo» y en el «Imparcial»; un coche esperaba siempre al cantaor para trasladarle de un lugar a otro. Nos cuenta también el de Triana que Breva cobraba cinco duros en el «Príncipe Alfonso», otros cinco en el del «Barquillo», y la misma cantidad más casa para su familia en el «Imparcial». Y, además, se hacía pagar en oro, según expresa condición que constaba en los contratos.

Entre sus admiradores contaba al rey de España, y fue el único cantaor llamado a actuar en Palacio, lo que ciertamente era tanto como poner una pica en Flandes entonces, cuando todo lo flamenco era conside-

rado plebeyo en el peor sentido del término. En cada ocasión Alfonso XII le hacía pagar espléndidamente y además le regalaba un magnífico alfiler de corbata, de los que llegó a tener una pequeña colección.

En Madrid también le oyó cantar Julián Gayarre, quien quedó profundamente impresionado por la prodigiosa voz del Breva, que iba sin un alivio, con la mayor naturalidad, desde el tono más bajo al más agudo, dando el do de pecho sin saberlo. Se dice que Gayarre quiso aprender de él a cantar malagueñas, desistiendo tras de varios intentos inútiles.

De Madrid el Breva pasó a Andalucía, Sevilla conservaba el rango, en cierto modo, de capital del cante, y de allí reclamaron al cantaor más solicitado del momento. Recorrió toda la región en pleno triunfo. Por esa época se casa, tiene hijos y fija su residencia en Almería, donde establece un café cantante. Allí se queda viudo.

La gloria del Breva fue fulgurante, pero efímera. El declive comienza pronto. Prematuramente envejecido, va perdiendo la visión y va perdiendo facultades. Su voz pelea con dificultad los tercios más valientes de la malagueña, y después del cante grande busca alivio en la ligereza de los fandangos por verdiales —en los que fue igualmente un maestro— o en otros cantos más livianos aún.

Hacia 1890, trabajando en el legendario Café de Chinitas, llega para cantar por primera vez en Málaga Antonio Chacón, que entonces comienza a imponerse de manera arrolladora. En el tablao de Chinitas ocurre algo dramático: el cantaor joven, con veinticinco años, ya en plenitud artística, arrebató a los aficionados precisamente en el feudo del viejo, en su presencia y con el mismo cante que éste había impuesto, la malagueña. Pero Breva es el mismo hombre bueno y sencillo de siempre, y no puede guardar rencor al impetuoso Chacón. Es fama que por aquellos días se hizo popular en Málaga una copla malagueña que decía:

En el Café de Chinitas
cantó una copla Chacón,
y le contestó Juan Breva:
—Cantas tú mejor que yo
esa malagueña nueva.

Se dijo que el propio Breva había sido el autor de esta letra, y bien pudo ser así, pues como otros maestros del cante —Fillo, el Mellizo, Silverio,



el mismo Chacón—, fue autor de muchas de las coplas que cantaba, algunas de ellas incluso improvisadas. Letras siempre de gran dignidad, sentimentales, pero sin el sentimentalismo ramplón que no mucho después sería nota dominante cuando el fandango impuso su ley en el cante. He aquí, como ejemplo, una copla creada por Juan Breva, una de las que hizo más populares:

Se corta una rama verde
se siembra y vuelve a nacer
pero una madre se pierde
y no se vuelve más a ver
cosa que tanto se quiere.

Llegamos a la última etapa de la vida del cantaor. En 1902 regresa de nuevo a Málaga, a la calle de Canasteros, número 7. Arropado en su capa no falta una noche en los cafés de cante o en los ventorrillos de la Caleta, a la espera de la juega en que pueda ganar unos duros para seguir viviendo. Le llaman «señó Juan», se le quiere y se le tiene respeto, pero su voz tiembla al hablar y apenas canta, sólo puede apuntar las coplas. De estos años precisamente es la discografía existente del Breva, que si tiene valor porque al menos nos ha con-

servado su voz misma, sin embargo, da una pobre idea de su cante, prendido en un hilo de voz quebradizo... Viejecito, casi ciego, fue caminando penosamente hacia la tumba. Murió el 8 de junio de 1918, a los setenta y cuatro años de edad.

El cantaor de los regios alfileres de corbata murió pobre, como Chacón, como Manuel Torre, como Fosforito. El cantaor Tomás Morilla, el guitarrista Santos Ramos y otros flamencos de buen corazón, hicieron colectas en el Circulo Mercantil y en los cafés de la calle Larios para pagar su entierro. Un sencillo nicho con una lápida en que constaba su nombre de arte: Juan Breva. En 1933, como nadie pagara la permanencia de su tumba, lo que de él quedara fue a parar al osario común.

Ahora Málaga y Vélez-Málaga han conmemorado el cincuentenario de su muerte con actos solemnes. Contemporáneos suyos y una constelación de grandes figuras del flamenco han cantado y han bailado en su honor. Los poetas le han rendido sus versos mejores. En el número 7 de la calle de Canasteros, una lápida recuerda su muerte. Y se ha colocado la primera piedra para un futuro monumento...

A. A. CABALLERO